

# HISPANIA

REVISTA ESPAÑOLA DE HISTORIA

---

Volumen LXVII    Nº 225    **enero-abril 2007**    Madrid (España)    ISSN: 0018-2141

---



MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN  
Y CIENCIA



CONSEJO SUPERIOR  
DE INVESTIGACIONES  
CIENTÍFICAS

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



## ITALIA: PRIMER CASO DE DISCIPLINAMIENTO JUVENIL DE MASAS

---

MARCO FINCARDI  
Universidad Ca'Foscari (Italia)

**RESUMEN:** *En los primeros años del siglo XX comenzó una nacionalización progresiva de la juventud estudiantil italiana, que constituyó la base fundamental de los responsables del ingreso de Italia en la Primera Guerra Mundial, y de los oficiales que mantuvieron durante tres años y medio la gran movilización bélica. Terminada la guerra, estos jóvenes, junto a muchos estudiantes adolescentes que no pudieron participar en la guerra, constituyeron escuadras armadas, preferentemente bajo la dirección de los fascistas, para destruir las organizaciones del movimiento obrero y campesino. El fascismo que llegó al poder en 1922 hizo de estos jóvenes la imagen de una nación regenerada, y los intentó formar como espejo ideal del régimen. Fue el primer modelo de disciplinamiento autoritario de una «juventud de Estado» en el que se inspiraron otras dictaduras europeas. Pero este encuadramiento totalitario de la juventud no soportó la prueba de la Segunda Guerra Mundial. En la sociedad civil, en 1943 la movilización de las jóvenes generaciones puso en crisis el control policial del régimen, al lanzarse de un modo iconoclasta a destruir los símbolos fascistas.*

**PALABRAS CLAVE:** Nacionalización. Juventud. Control social. Masas. Educación. Fascismo. Italia siglo XX.

**ABSTRACT:** *In the first years of the XXth Century, a progressive nationalization of Italian student youth began. These young people were the major base of those responsible for the entry of Italy into the First World War and of the officers who kept up the war mobilisation for three years. At the end of the war, these young people, as well as many adolescent students who had not taken part in the war, set up squads, usually fascist-led, in order to destroy the peasant and worker movement organisations. The fascism that came into power in 1922 made these youths the image of a «re-generated nation», and tried to educate them as an ideal reflection of the regime. It was the first model of young people's authoritarian disciplining into a «state youth» and it inspired other European dictatorships. But this totalitarian framing did not stand up to test of the Second World War. Within the civil society, in 1943 the*

*younger generations' mobilisation made the regime's police control reach crisis point, as they reached out to destroy fascist symbols in an iconoclastic way.*

KEY WORDS: Nationalization. Youth, Social control. Masses. Education. Fascism. 20<sup>th</sup> Century Italy.

## 1. LA NACIONALIZACIÓN DEL ASOCIACIONISMO ESTUDIANTIL

La historiografía italiana ha tomado en consideración la movilización nacionalista de la juventud burguesa sólo con el inicio de los movimientos fascista y fiumano, en 1919, con un precedente en mayo de 1915, cuando D'Annunzio, Marinetti, Mussolini, Salvemini y Giurati lograron movilizar multitudes de estudiantes y de sectores mesocráticos en Roma y otras grandes ciudades, apoyando al gobierno conservador de Salandra en la declaración de guerra contra los exaliados alemán y austrohúngaro<sup>1</sup>. En particular, D'Annunzio se presenta como el hombre carismático que entre 1915 y 1920 logró proponerse como líder trasgresor de una juventud henchida de patriotismo y abocada a un polémico protagonismo generacional en contra de las instituciones liberales y de las formas tradicionales de la política, pero que también fue admirado por las antiguas generaciones burguesas y por la prensa de opinión. En períodos posteriores, una cualificada historiografía sobre el fascismo ha podido resaltar y profundizar con trazo firme y claro la fuerte caracterización juvenil de este movimiento subversivo<sup>2</sup>. Pero en el decenio anterior a las primeras manifestaciones del fenómeno escuadrista ya se había estado constituyendo un tejido asociativo coherente e impregnado de nacionalismo, a menudo adiestrado en el uso de armas por instructores designados oficialmente por las autoridades militares<sup>3</sup>. Hay, por tan-

<sup>1</sup> ISNENGI, Mario: *La piazza*, Bologna, 2004; y STADERINI, Alessandra: *Combattenti senza divisa*, Bologna, 1996.

<sup>2</sup> TREVES, Renato: «Il fascismo e il problema delle generazioni», en *Quaderni di sociologia* (Turín), vol. 13, abril-junio 1964, pp. 119-146; LYTELTON, Adrian: *La conquista del potere*, Roma-Bari, 1973; PETERSEN, Jens: «Elettorato e base sociale del fascismo», en *Studi Storici* (Roma), vol. 16, n.º 3 (1975), pp. 651-670 y «Jugend und Jugendprotest in faschistischen Italien», en DOWE, Dieter (dir.): *Jugendprotest und Generationenkonflikt in Europa im 20. Jahrhundert*, Bonn, 1986, pp. 199-208; GENTILE, Emilio: *Storia del PNF*, vol. I (*Movimento e milizia*), Roma-Bari, 1989; LUPO, Salvatore: *Il fascismo*, Roma, 2000 y FRANZINELLI, Mimmo: *Squadristi*, Milán, 2003.

<sup>3</sup> PAPADIA, Elena: «I vecchi e i giovani. Liberal-conservatori e nazionalisti a confronto nell'Italia giolittiana», en *Contemporanea* (Bologna), vol. 3 (octubre 2002), n.º 4, pp. 651-676; PAPA, Catia: «La "Confederazione giornalinesca" di Vamba (1908-11): una monarchia repubblicana per diritto morale», en *Annali Istituto Gramsci Emilia Romagna* (Bologna), n.º 4-5 (2000-2001), pp. 169-183; «I volontari della Terza Italia: i battaglioni studenteschi d'età giolittiana», en *Rassegna storica del Risorgimento* (Roma), vol. XCI (octubre-diciembre 2004), n.º 4, pp. 547-574; y sobre todo *Educazione nazionale e socialità studentesca in età giolittiana*, tesis doctoral, Università di Roma Tre, 2002-2003. Me remito además a las investigaciones todavía inéditas de Johannes Mueller sobre los *Giovani liberali* vinculados al diputado Giovanni Borelli (sobre esta realidad también pueden verse los escritos adolescentes de un futuro jerarca fascista: GRANDI, Dino: *Giovani*, Bologna, 1941).

to, sobrados motivos para no datar como se ha hecho en las reconstrucciones realizadas hasta la fecha la movilización nacionalista de la juventud burguesa italiana. Ésta se habría producido de forma simultánea o inmediatamente después de la producida en los grandes países europeos. En la primera posguerra esta movilización habría estado, pues, bien madura, aprobada y sostenida por las generaciones adultas de la burguesía, cuando apareció en toda su agresividad el movimiento escuadrista, bajo el influjo de una amplia variedad de circuitos políticos, no sólo fascistas. El mismo canto *Giovinazza* es emblemático de tal evolución, ya que antes de transformarse en el célebre himno oficial fascista, fue el himno de los goliardos, luego de los *arditi* en la guerra, y a continuación de los legionarios d'annunzianos en Fiume.

En la Europa mediterránea, el adiestramiento paramilitar de la juventud burguesa en organizaciones que proponen actividades autónomas del mundo adulto, el retorno a la naturaleza y a la plenitud física o el redescubrimiento de la civilidad nacional, resulta mucho menos vistoso que en los países de las áreas germánica y anglosajona. El tradicional dominio de ancianos y adultos sobre las diversas manifestaciones sociales está mucho más asentado que en otras partes del continente. Sin embargo, Italia disponía ya en los primeros años del siglo XX de una poco llamativa pero influyente red de asociaciones que reclutaban en su mayor parte a estudiantes, en las que se ofrecía un adiestramiento paramilitar, además de una aculturación patriótica, y que desde el humanismo de la tradición del *Risorgimento* y del garibaldismo se orientó cada vez más hacia un nacionalismo con ambiciones irredentistas o coloniales. Del escultismo a los batallones escolares, los goliardos y otras sociedades excursionistas, deportivas o eruditas, su aparición en escuadrones que exhibían su orgullo asociativo era acogida con gritos de burla y de hostilidad por los chicos y niños de los barrios populares que, al igual que sucedía en otros países europeos ante análogas manifestaciones de la juventud burguesa, percibían que su presencia era un implícito desafío clasista. Esto sucedió antes y durante la guerra de Italia contra Turquía en 1911-12 por la conquista de Libia y las islas del Dodecaneso. Ya en 1908 algunas ciudades italianas, en particular la capital, eran atravesadas por ruidosas manifestaciones de grupos dispersos de jóvenes nacionalistas que invitaban al gobierno a inmiscuirse en las guerras que se libraban en los Balcanes, con el objetivo de ampliar el área de influencia nacional y pensar en expandirse hacia las orillas orientales del Adriático y del Jónico, imitando las bulliciosas provocaciones de los *Camelots du Roi* de *l'Action Française*. Las manifestaciones se repitieron en 1911, con un tono fuertemente polémico, contra el movimiento obrero que se oponía a la reactivación de la política expansionista por parte del gobierno. Ya que el ala más politizada de estos pequeños movimientos estaba vinculada esencialmente a la *Associazione nazionalista italiana* (ANI) que se constituyó en esos años, su influjo comenzó a ser recibido de forma sutil en las redes de asociaciones estudiantiles, o en las secciones juveniles de asociaciones deportivo-culturales del ámbito burgués. La difusión de filosofías irracionalistas entre las jóvenes generaciones cultas se produjo con el visto bueno de los más

maduros que, particularmente, no se opusieron al rechazo iconoclasta de la cultura laica y positivista. Lo mismo se puede decir de la extrema tolerancia hacia las manifestaciones agresivas de su nuevo nacionalismo. Durante el segundo decenio del siglo XX Italia parecía incapaz como nunca antes de renovar su propia representación política, anclada en una tentativa de impedir un cambio político en el ámbito gubernamental por parte de los partidos populares, pero también con la intención de bloquear todo relevo generacional: la edad de la clase política oficial era la más elevada si se compara con la de las décadas anteriores. En muchos casos, los asuntos relativos a la identidad y a los modelos sociales transmitidos por las generaciones adultas se plasmaron en términos conflictivos, o los jóvenes reprocharon a los «mayores» no estar a la altura de sus obligaciones. Ello no impidió que cuando el liberalismo maduro dominado por la figura política de Giolitti comenzó a llevar al país hacia una política imperial algunos años antes de la Primera Guerra Mundial y al menos una década antes de la aparición del movimiento fascista, un abigarrado universo de asociaciones juveniles burguesas con fines educativos y recreativos, reconocidas como cuerpos morales del Estado y patrocinadas por elementos del gobierno y de la corte, actuase ya como la vanguardia en marcha de un nacionalismo que trataba de arrebatar al movimiento obrero el control de la movilización en la calle, ya fuera en los principales centros urbanos o en la periferia.

De todos estos movimientos, la historiografía sólo ha estudiado hasta ahora los aspectos intelectuales, mirando sobre todo a las revistas y a la producción de las importantes vanguardias literarias<sup>4</sup>, pero no ha profundizado en el conocimiento de la red asociativa que la apoyaba. Sin embargo, es bien conocido el creciente embellecimiento estético de la juventud promovido por la publicística italiana de los años y meses que precedieron a la renuncia de Italia a la neutralidad para intervenir en la Primera Guerra Mundial. En todas estas revistas literarias, como en las novelas de D'Annunzio y en las veladas futuristas, la imagen de los jóvenes era distorsionada e instrumentalizada con fines políticos, en una representación enfervorizada de su transformación en protagonista de una prueba heroica que debería transformarla, como generación en guerra, en punto de referencia de la ciudad. Los jóvenes neutralistas eran representados como degenerados, indignos de aparecer en público en plazas, teatros o cafés. Y sin que la autoridad condenara esa conducta punible, se incitó al uso de la violencia contra ellos, cosa que sucedió en muchas ocasiones antes y durante la guerra. En las primeras páginas de la mayor parte de los diarios italianos de esas semanas, joven era quien deseaba la guerra. En tales circunstancias, una juventud estudiantil acostumbrada a manifestar su patriotismo en la práctica deportiva, excursionista o en el adiestramiento en el tiro al blanco, sufrió de forma efectiva su transformación en un movimiento político que ocupó física-

---

<sup>4</sup> WOHL, Robert: *1914. Storia di una generazione*, Milán, 1983 (1979), pp. 335-391; ISNENGHI, Mario: *Il mito della grande guerra*, Bari, 1970; y MANGONI, Luisa: *L'Interventismo della cultura*, Bari, 1974.

mente las plazas de las ciudades, gritando a grandes voces su encarnación en la nación, en un contexto en el que tal asunto parecía aceptable por los grandes poderes. En mayo de 1915, la suplantación del Parlamento de mayoría neutralista para imponer la entrada de Italia en la guerra no pareció a buena parte de la opinión pública la obra —secreta y en violación del Estatuto (Constitución) — del gobierno y del rey, sino de las ruidosas manifestaciones de ese variado y juvenil frente nacionalista. Como resultado, desde entonces la intelectualidad nacionalista instigadora de la guerra reclamaría continuamente la atención pública, idealizando a la juventud como el sujeto voluntariamente protagonista de la guerra. La juventud estudiantil, instrumentalizada y azuzada para convertirse en el símbolo de un cambio del equilibrio en la sociedad italiana, quedó desde ese momento situada en una ambigua situación, en la que veían cómo se extendían algunos de sus privilegios mientras que se les advertía que en el futuro se encontrarían al timón de una sociedad radicalmente renovada sobre la base de los principios patrióticos y corporativos.

Las fuerzas armadas italianas movilizaron en el primer conflicto mundial 4.200.000 hombres, de los cuales 670.000 murieron, y millones resultaron heridos. Fue una experiencia totalizante y emotivamente complicada para las generaciones llamadas a las armas, donde las clases dirigentes y los propagandistas militares hicieron promesas disparatadas a los combatientes, y donde, a pesar de todo, los no muy numerosos intervencionistas que marcharon voluntariamente a la guerra sufrieron en las trincheras experiencias traumáticas que pusieron a dura prueba su idealismo. La cohorte de edad que fue objeto de reconocimiento público y de exaltada glorificación fue la de los *ragazzi del '99*, chicos de 19 años llamados en masa a las trincheras a inicios de 1918 para dar al enemigo el empujón del que ya no eran capaces las clases mayores, consumidas por la guerra y que ya no soportaban ni el frente ni el mando militar. Ese período fue una experiencia de carácter total incluso para las generaciones demasiado jóvenes para ser enroladas, o para los chicos que vivían en familias afectadas por las ausencias y el luto, y descompuestas por la movilización laboral de las mujeres y de los menores en sustitución de los hombres, por su incorporación a los servicios auxiliares, o por las violencias y deportaciones sufridas en las zonas próximas al frente<sup>5</sup>. En una movilización sin precedentes, muchos menores de edad asumieron roles y competencias que hasta entonces no habían correspondido a la juventud. A pesar de sus limitaciones, el aparato militar, y con él el frente interno, lograron superar la prueba, consiguiendo la victoria bélica sobre el ejército austrohúngaro y el objetivo político de disgregar el Imperio de los Habsburgo. Pero el sistema liberal salió de la guerra sacudido hasta sus cimientos, y desde muchas partes se planteó su drástico envejecimiento

---

<sup>5</sup> ISNENGI, Mario y ROCHAT, Giorgio: *La Grande guerra*, Florencia, 2000; GIBELLI, Antonio: *La Grande guerra degli italiani*, Milán, 1998 e *Il popolo bambino. Infanzia e nazione dalla Grande Guerra a Salò*, Turín, 2005, pp. 179-199; y BIANCHI, Bruna: *Crescere in tempo di guerra*, Venecia, 1995 y *La follia e la fuga*, Roma, 2001.

como un problema existencial que debía ser resuelto, imponiendo en términos dramáticos la cuestión de los jóvenes sacrificados en la guerra, siempre en medio de una fuerte exasperación retórica<sup>6</sup>. En la posguerra se difundió la idea de que los veteranos de las trincheras formaban una generación especial, unida en comunidad por las mismas experiencias extremas e incommunicables a quien no las hubiera vivido. Tales sensibilidades exasperadas generaron un cúmulo de tensiones, por las frustraciones sufridas en los sectores burgueses, que a todos los efectos habían guiado al país en la guerra, y que asistieron a la invasión de muchos de sus espacios de encuentro, o a la expropiación de unas diversiones que durante largo tiempo habían considerado su símbolo exclusivo de *status*, por jóvenes de los medios populares, agrupados en organizaciones de masas del movimiento obrero o de veteranos de guerra, que de un modo exuberante e irreverente invadieron estos lugares públicos de sociabilidad. Si desde el movimiento obrero, que en Italia no había mostrado ninguna adhesión moral y política al conflicto, se alzaron manifestaciones polémicas sobre la inútil masacre de jóvenes que se había perpetrado, contemplando como compensación una revolución inminente contra una burguesía que había querido y dirigido la guerra, el confuso frente nacionalista trató de movilizar de nuevo las redes elitistas estudiantiles que se habían alineado de forma entusiasta a favor de la intervención en la guerra, y agitó el mito de los caídos, contemplando en nombre de su sacrificio y del honor que debía darse a los veteranos la posibilidad de edificar una sociedad «joven» exenta de conflictos.

El período posterior a la Primera Guerra Mundial se caracterizó por una fuerte autonomía de los jóvenes que, ya fuera como excombatientes o en forma politizada, expresaron su descontento frente a un sistema incapaz de reabsorber el desempleo, manual o intelectual, generado por la guerra. La experiencia bélica brindó en la posguerra muchas ventajas a los miles de jovencísimos oficiales que entre 1915 y 1918 habían interrumpido sus estudios para vestir el uniforme y fueron un elemento decisivo del consenso sobre la guerra: durante cerca de dos años después del armisticio fueron retribuidos como si continuaran en el servicio activo, mientras que, con una ridícula preparación, obtuvieron con suma facilidad sus diplomas y títulos universitarios. Ello les llevó a considerarse los ciudadanos más insignes, dignos de ser rodeados de gratitud pública y perpetuamente recompensados por sus sacrificios. Y les hizo concebir más ilusiones de promoción social que las posibilidades efectivas de ascenso existentes. Los estudiantes más jóvenes, que habían sido excluidos por razones de edad de la admisión en el ejército, se solidarizaron con estos colegas un poco más mayores, que habían dirigido pelotones de soldados en el frente o en los cuarteles, y les envidiaron por ello. Muy diferente era, en cambio, la actitud de muchos

---

<sup>6</sup> GENTILE, Emilio: *Le origini dell'ideologia fascista 1918-1925*, Bolonia, Il Mulino, 1996; DEGL'INNOCENTI, Maurizio: *L'epoca giovane. Generazioni, fascismo, antifascismo*, Manduria, 2002; y VENTRONE, Angelo: *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, 2003.



otros jóvenes de las capas populares que, tras la desmovilización, se encontraron en desventaja en la búsqueda de trabajo, y no profesaban a sus coetáneos oficiales uniformados el respeto que el grado debiera imponer, incluso a los civiles. En muchos casos, sobre todo en las regiones donde el conflicto social era tradicionalmente intenso, la guerra generó una fractura social entre los oficiales y sus antiguos subordinados que pareció irreparable. El hastío difuso hacia la jerarquía se exasperó contra los que todavía en 1919 ó 1920 llevaban el uniforme incluso fuera de servicio, con la pretensión de hacer valer su rango incluso después de la desmovilización, que en Italia fue de todos modos excepcionalmente tardía respecto al resto de los países europeos. Mientras tanto, como ya había sucedido durante la guerra, el gobierno y los jefes militares alentaron la instrucción premilitar de los estudiantes<sup>7</sup>, excluyendo de ella a los considerados subversivos, es decir, de izquierda. La exaltación del militarismo y de las motivaciones nacionalistas de la guerra se convirtió en un fuerte motivo de identidad para los jóvenes de los medios burgueses, y por extensión también para las jóvenes de su entorno. La condena de los innumerables daños producidos a la sociedad por los sostenedores de la guerra, la intolerancia ante el uniforme y el sistema de coacción vinculado a las estructuras militares fue un rasgo ampliamente constatable entre los jóvenes de los sectores populares, sobre todo entre los muy numerosos que —en particular en las regiones centro-septentrionales, donde incluso la implicación femenina resultó relevante— vivieron de forma entusiasta durante la posguerra la participación en movimientos políticos radicales de masa. Incluso las adhesiones a asociaciones politizadas de excombatientes fue enorme, y desde ellas se expusieron con fuerza reivindicaciones sociales y de renovación —incluso generacional— de las clases dirigentes en nombre de una juventud valorada por los sacrificios que hubo de arrostrar. Se generaron fuertes tensiones entre algunas de estas asociaciones dirigidas por ex-oficiales, que situaron en su base el respeto a los valores patrióticos y militares, y otras asociaciones, vinculadas particularmente al movimiento obrero, y en algún caso al catolicismo político, que rechazaron el papel dirigente de los oficiales, denunciaron la guerra y a sus partidarios y tendieron a englobar en sus propias estructuras a todas las víctimas de la guerra, como huérfanos, viudas e inválidos civiles, y no en exclusiva a los excombatientes, que no eran exaltados por su heroísmo. La participación de la juventud proletaria en los movimientos y redes asociativas no tuvo dimensiones reducidas; quizás desde la sociedad y desde las mismas organizaciones populares o del movimiento obrero no le otorgaron una visibilidad y una importancia proporcionales a las atribuidas a sus coetáneos burgueses. Como antes de la guerra, el movimiento obrero italiano tardó en generar relaciones de poder entre los horizontes municipal y electoral, desde donde mediar entre el ámbito político-sindical socialista y la burguesía, y mantuvo las relaciones generacionales proletarias bajo usos estáticos de tipo paternalista, y evitó

---

<sup>7</sup> BETTI, Carmen: *L'Opera nazionale Balilla e l'educazione fascista*, Florencia, 1984, p. 18.

cuidadosamente agitar a los jóvenes en tanto que grupo generacional, destacándolo sólo como vanguardia en batallas ocasionales y limitadas de carácter antimilitarista o anticlerical. La dirección socialista animó a los círculos asociativos proletarios a mantener una actitud inflexible, y quisieron más bien incrementar el control autoritario de la mayoría de los militantes veteranos sobre los jóvenes cuando la crítica a las clases dirigentes que habían deseado la guerra, junto con la valoración de la revolución soviética, produjeron en el seno del movimiento obrero una fractura insuperable, que tuvo un fuerte carácter generacional. También por esta razón, en la posguerra italiana y en la europea, los lenguajes y los papeles desplegados en la rivalidad suscitada entre la dirección comunista y la muy estable dirección de los partidos socialistas y los sindicatos asumieron en muchos aspectos la fisonomía de un desencuentro generacional<sup>8</sup>.

## 2. LA MOVILIZACIÓN DE GRUPOS PARAMILITARES POR PARTE DE LOS DIVERSOS NACIONALISMOS

El descubrimiento del potencial agresivo de la juventud burguesa lo hizo en primer lugar D'Annunzio durante la ocupación de la ciudad de Fiume, donde, sin embargo, la afluencia inicial de voluntarios reclutados por Giurati entre los batallones estudiantiles de la asociación goliárdica *Sursum Corda* no resultó una aportación consistente, y obligó a recurrir a los soldados que habían desertado de sus propias unidades, contraponiendo irremediabilmente el ejército y la empresa irredentista. D'Annunzio buscó, sin embargo, caracterizar de una forma política y socialmente ambigua la ocupación de Fiume, exaltando su carácter de aventura garibaldina y su inconformismo extremo, abierto a todas las transgresiones, incluido un vago rechazo revolucionario de la sociedad burguesa, lo que tal vez no dejó de excitar a los jóvenes de los ambientes populares. Muy poco después sería el fascismo, en particular su componente futurista, el que insistiría en la valoración de la propia imagen como movimiento aglutinante de una juventud idealizada. Ello ha empujado a una parte de la historiografía italiana a considerar de forma expresa al fascismo como el movimiento que descubrió y valoró la movilización política y la agresividad de los jóvenes. Las movilizaciones antimilitaristas y antiburguesas del mundo juvenil italiano permanecen en cambio poco estudiadas, salvo la constitución de movimientos políticos estructurados, cuya vida interna y lazos con los partidos de la sociedad adulta han sido analizados por diversos autores. Antes incluso que el escuadrismo se convirtiera en un movimiento relevante en la escena política italiana,

---

<sup>8</sup> DOGLIANI, Patrizia: *La scuola delle reclute. L'Internazionale giovanile socialista dalla fine dell'Ottocento alla prima guerra mondiale*, Turín, 1983; FINCARDI, Marco (dir.): «Le repubbliche dei ragazzi nel mondo», en *Annali Istituto Gramsci Emilia Romagna* (Bologna), vol. 4-5 (2000-2001); y DEGL'INNOCENTI, Maurizio: «L'«epoca giovane» e il fascismo», en VARNI, Angelo (dir.): *Il mondo giovanile in Italia tra Ottocento e Novecento*, Bologna, 1998, pp. 143-177, esp. p. 177.

uno de sus promotores propuso el circuito asociativo voluntario de los jóvenes como forma educativa ideal, que debiera generalizarse y hacerse obligatoria en un Estado reformado desde la raíz por los combatientes de la guerra. El joven de 23 años Ferruccio Vecchi, artista futurista durante la guerra, capitán y líder político-cultural en las secciones de asalto de los *arditi*, y más tarde primer secretario de los *Fasci di combattimento* en el momento de su fundación en Milán, publicó entre 1919 y 1920 una serie de artículos, luego recopilados en un volumen, que constituye la base de una concepción utópica del empleo de los jóvenes para la construcción de una nueva sociedad civil, donde aquellos contribuirían a eliminar enérgicamente las disensiones antipatrióticas y acabarían por transformarse en una estructura perpetuamente movilizada, que animaría y daría vigor a la acción del Estado<sup>9</sup>. La formación ideal a la que se destinaría a todos los niños sería el adiestramiento paramilitar en batallones escolares al servicio del Estado en cualquier eventualidad de emergencia civil o de implicación por el bien común. Para Vecchi tal organización no debería ser sólo alternativa a organizaciones voluntarias como los *scouts*, sino también sustitutiva de parte de la formación escolar como había sido entendida hasta entonces y, sobre todo, limitadora de la mortificante educación familiar. La base de una renovación de la sociedad italiana debería ser la movilización de los muchachos que no habían hecho la guerra y que soñaban con las hazañas de los *arditi*, para llevarles a eliminar las viejas ideologías y los partidos depositarios de las mismas. Aunque el primer secretario del movimiento fascista —al igual que la mayor parte de los futuristas— se transformó ya en 1920 en una figura al margen de la política, un planteamiento similar se mantuvo en la base de la concepción militante de la educación que asumiría el Partido Nacional Fascista (PNF), borrando de su propia memoria los orígenes anti-institucionales de sus modelos pedagógicos, marcados por una fuerte y nunca resuelta tensión entre instancias autoritarias y antiautoritarias.

La usual y tal vez abusiva representación de la juventud rebelde, consecuencia agresiva del conflicto generacional y obsesionada por huir de la monotonía y la tristeza de la vida burguesa, generó numerosos equívocos en una época como la que estudiamos, en la que la ruptura de ciertos esquemas de la existencia juvenil coincidió con las transformaciones que se estaban produciendo en las estructuras sociales, que eran sufridas por muchachos y muchachas a los que se les atribuían nuevas responsabilidades por parte de los estados, los ejércitos, las redes de sociabilidad y las familias. En los años veinte fue usual en muchas partes representar el escuadrismo como una forma particular de rebelión juvenil. Es innegable que fueron las escuadras de jóvenes las que se lanzaron a desarrollar la violencia. Entre 1921 y 1922 el movimiento obrero italiano fue aterrorizado, desarticulado y puesto al borde del colapso por las agresiones de las escuadras armadas de jóvenes —generalmente estudiantes y antiguos

---

<sup>9</sup> VECCHI, Ferruccio: *Arditismo civile*, Milán, 1920.

estudiantes de la generación que había hecho la guerra con veinte años, o adolescentes obsesionados con imitar a los *arditi*— que devastaron las sedes de sindicatos, cooperativas y partidos, o agredieron y humillaron públicamente a los militantes de izquierda, no dudando en asesinarlos a la menor señal de resistencia. Pudieron desarrollar esta violencia inhumana en casi total impunidad, mientras que grupos relevantes de las clases dirigentes defendían como un mérito patriótico estas acciones ilegales contra sus propios adversarios político-sociales. En muchos casos, fueron sus coetáneos los que sufrieron la violencia. Las viejas generaciones burguesas parecieron asignar a las acciones criminales de sus jóvenes un papel justiciero de rectificación de las presuntas distorsiones de la sociedad. Aparecieron, al menos entonces, como confiados en una reacción de los jóvenes de su propio ambiente a los trastornos causados por la indisciplina, la carencia de sentido patriótico y la invasión de los lugares simbólicos del poder y la vida burgueses, por parte de un proletariado cuya idealizada naturaleza sumisa imaginaron corrompida por la instigación de socialistas y anarquistas, a su juicio portadores únicamente de desorden y decadencia nacional. Orientándose en tal sentido, desarrollaron en la opinión pública y en las instituciones formalmente garantes del orden, un clima de tolerancia y de protección paternal frente a las acciones que lesionaban los derechos o la integridad física de sus adversarios políticos y de la oposición social en general. La dirección fascista supo utilizar muy hábilmente esta situación, primero incentivando lo más posible la convergencia de jóvenes y muy jóvenes en las acciones escuadristas y disciplinándolos como elementos subordinados de una estructura rígidamente jerarquizada, y luego haciendo de esta actitud una exaltación estética, convirtiéndola en apoyo simbólico de su propia imagen de clase política joven, alternativa a la liberal<sup>10</sup>. El primer fascismo y el escuadrismo no se presentaron, por tanto, como un movimiento de revuelta generacional, si bien el mismo fascismo abusó de este tema de un modo extremadamente ambiguo y contradictorio, para justificar lo que en realidad era violencia facciosa<sup>11</sup>. En Europa los fascismos se presentaron más bien como una contrarrevolución que tenía como protagonista privilegiado a parte de la juventud, perteneciente en particular a las clases medias y altas. El fascismo italiano fue el primero en dar

---

<sup>10</sup> WANROOIJ, Bruno: «Mobilizzazione, modernizzazione, tradizione», en SABBATUCCI, Giovanni y VIDOTTO, Vittorio (dirs.): *Storia d'Italia. Guerre e fascismo 1914-1943*, Roma-Bari, 1997. Véase también del mismo autor «The Rise and Fall of Italian Fascism as a Generational Revolt», en *Journal of Contemporary History* (Londres), vol. 22, n.º 3 (julio 1987), pp. 401-418 y «Una generazione di guerra e di rivoluzione», en BIANCHI, Bruna y FINCARDI, Marco (dirs.): «Giovani e ordine sociale», en *Storia e problemi contemporanei* (Ancona), vol. 14, n.º 27 (2001), pp. 109-127; ALBANESE, Giulia: *Alle origini del fascismo: la violenza politica a Venezia*, Padova, 2001; y SUZZI VALLI, Roberta: «The Myth of Squadristo in the Fascist Regime», en *Journal of Contemporary History* (Londres), vol. 35 (abril de 2000), pp. 131-150.

<sup>11</sup> Cfr. DOGLIANI, Patrizia: *Storia dei giovani*, Milán, 2003, pp. 103-134; y DEGL'INNOCENTI, Maurizio: *L'epoca giovane*, op. cit.

tal impronta y orientación a sus homólogos europeos, a través del uso sistemático, espectacular y desenfadado de la violencia.

Llegado al poder a finales de 1922, Mussolini, antes de pensar en asignar un papel relevante a las organizaciones juveniles fascistas, anunció una reorganización del sistema escolar para formar adecuadamente a los jóvenes de la nación moderna que pretendía fundar. Poco después de la Marcha sobre Roma, y dos años antes de la constitución del régimen dictatorial, la voluntad del fascismo de reformar todo el sistema educativo de las jóvenes generaciones y jerarquizar cuidadosamente el currículo escolar constituyó una parte importante de los proyectos encaminados a dar a la juventud italiana identidades y valores que superasen los elaborados por la élite política posterior al *Risorgimento*. La reforma fue puesta rápidamente en marcha en 1923 por el filósofo idealista Giovanni Gentile, ministro de Educación en el primer gobierno presidido por Mussolini, que quería una escuela que seleccionase más cuidadosamente las élites, rechazando la cultura positivista y valorando la humanística. El acceso a la enseñanza superior se convirtió en un asunto arduo incluso para la clase media, mientras que la reforma fue acogida con fuertes protestas por los estudiantes y sus familias. Las organizaciones juveniles nacionalistas y fascistas, palestra de las agitaciones estudiantiles, terminaron por levantarse amenazadoramente contra la protesta de sus coetáneos. El asociacionismo juvenil-estudiantil fascista, resultado perverso de un sistema jerárquico y burocrático, repudió prontamente sus proclamados ideales de revuelta romántica para adherirse a la defensa del poder sin fisuras que se iba imponiendo, insensible a las peticiones de cambio que llevaban las voces de la sociedad a los palacios donde los técnicos de un sistema de poder corporativo estaban construyendo los más rígidos sistemas de selección y de cooptación social<sup>12</sup>. Si bien la represión del gobierno autoritario trató de acallar todos los movimientos estudiantiles, en el campo fascista surgieron serias divergencias sobre la reforma escolar e incluso sobre los instrumentos para encaminar a la juventud hacia una formación totalitaria. Los escuadristas y el ala intransigente del partido fascista (PNF) no albergaron una buena opinión de la ambiciosa reforma escolar. En los primeros tiempos, el elemento fundamental en la orientación del fascismo hacia una desafortunada atención a la juventud fue sobre todo el vitalismo agresivo forjado en la posguerra por los futuristas. Éstos tenían una concepción espontaneísta tanto de los *fasci* como de las instituciones representativas de un Estado revolucionario, y proyectaron la sustitución del parlamento por un «lugar de desfogue de los más jóvenes» compuesto exclusivamente por personas menores de treinta años;

---

<sup>12</sup> DE NEGRI, Felicità: «Agitazioni e movimenti studenteschi nel primo dopoguerra in Italia», en *Studi storici* (Roma), vol. 16, n° 3 (1975), pp. 733-763; GIUNTELLA, Maria Cristina: *Autonomia e nazionalizzazione dell'università*, Roma, 1992; y ALBANESE, Giulia: «L'opposizione studentesca alla riforma Gentile», en BIANCHI, Bruna y FINCARDI, Marco (dirs.): «Giovani e ordine sociale», op. cit., pp. 129-145. Un análisis en castellano de las políticas educativas del fascismo italiano en MORENTE VALERO, Francisco: «*Libro e moschetto*», Barcelona, 2001.

mientras la nación debería revigorizarse «mediante la escuela del valor físico»<sup>13</sup>, que impondría una educación deliberadamente prepotente y manual que facilitara el desarrollo de muchachos enérgicos y audaces. Marinetti, principal teórico del futurismo, contempló la realización práctica de los ideales de su movimiento en la presencia al frente de las organizaciones juveniles fascistas de sus antiguos discípulos, capaces de adiestrar a los muchachos en el uso del músculo y de las armas<sup>14</sup>. Pero en los primeros años veinte Marinetti era ya una figura política decorativa, y diversos sectores del partido fascista, comenzando por los juveniles y por el extremista secretario Roberto Farinacci, hicieron sentir con fuerza e insistencia su malestar por la reforma Gentile, que proyectaba una nueva escuela que, a su modo de ver, resultaba demasiado humanista y escasamente militarizada. Pero gracias al apoyo de Mussolini, el idealismo pedagógico de la escuela gentiliana encontró su propio espacio de afirmación en la redefinición de las estructuras escolares. Sin embargo, su acceso estaría vedado al asociacionismo juvenil, para compensar a otros componentes del fascismo antitéticos con el idealismo. Para el mundo académico y escolar, la prioridad dada a la formación de niños y jóvenes en estructuras impuestas y gestionadas como lugares de aprendizaje de la violencia y el adoctrinamiento ideológico por un personal incompetente parecía una interferencia indebida y dañosa en las instituciones pedagógicas destinadas a formar ciudadanos. Para los secuaces de Gentile, los italianos, de forma inconsciente, se habían inclinado históricamente por el fascismo, que para la nación representaba la nueva fase evolutiva del espíritu en la cual reencontraría la plena conciencia de ser el centro de la civilización latina. Resultaba fundamental reelaborar este conocimiento en la formación cultural de la juventud, esencialmente a través de la prioridad exclusiva que se otorgaba a la escuela y a las instancias educativas institucionales, no identificables con un instrumento político faccioso, que transmitía el sentido del nuevo orden nacional a las jóvenes generaciones. Desde el régimen en curso de consolidación no apreciaron el planteamiento organizativo que se dio a la *Opera Balilla*, donde quienes debían formar a los chiquillos y a los jóvenes en la experiencia combatiente eran militares con frecuencia inclinados hacia el fanatismo, y no educadores de profesión<sup>15</sup>.

Entre estas dos concepciones de la educación, tendentes de diversa forma al totalitarismo, y cuyos exponentes no se ocultaban un desprecio recíproco, se mantuvo una evidente contradicción. Mussolini impuso siempre el mantenimiento de los rasgos fundamentales del planteamiento dado a la escuela italiana por el filósofo idealista, que, sin embargo, se vio desnaturalizado en muchas

---

<sup>13</sup> MARINETTI, Filippo Tommaso: *Teoria e invenzione del futurismo*, Milán, 1983, pp. 533 y 483.

<sup>14</sup> Introducción de Marinetti a BUSINELLI, Alberto: *Rivoluzione fascista*, Florencia, 1933, pp. VII-VIII. Cfr. GRAVELLI, Asvero: *I vincitori continui*, Roma, 1925 y *Ai Balilla delle nuove generazioni*, Milán, 1927.

<sup>15</sup> CODIGNOLA, Ernesto, *Il rinnovamento spirituale dei giovani*, Milán, 1933.

ocasiones<sup>16</sup>. Pero el ala radical del PNF, por el contrario, promovió pronto y perfeccionó luego el crecimiento de sus propias redes asociativas, tendentes a implicar a toda la juventud para adoctrinarla de un modo elemental y militarizarla. Antes de la conquista del poder, los fascistas, y con más éxito los nacionalistas de la ANI, habían preparado organismos destinados a implicar a niños y muchachos en sus propios círculos políticos. Inicialmente, las adhesiones se limitaron esencialmente a los ambientes urbanos de las regiones centroseptentrionales. Allí, las redes aristocráticas y burguesas, de carácter filantrópico pero también clientelar, y de orientación política predominantemente nacionalista y sólo marginalmente fascista, gestionaron durante la guerra y en la miseria generalizada de la posguerra estructuras asistenciales de un desaforado carácter patriótico, destinadas a asistir a los hijos de los combatientes y luego de los veteranos e inválidos de guerra. Además, la *Avanguardia studentesca* —organización creada en un primer momento por los nacionalistas, y desde 1921 hegemónica por los fascistas— constituyó en un primer momento un lugar estratégico de iniciación al escuadrismo y, en una segunda etapa, un pequeño núcleo para impulsar otras formas asociativas juveniles sostenedoras de los *Fasci*. Pero, apenas se consolidó la dictadura mussoliniana y se aprestó a suprimir lo que quedaba del Estado liberal, las organizaciones destinadas a la juventud se plantearon objetivos ambiciosos de masas, ya no comparables a los de los movimientos juveniles más o menos politizados del pasado. Sin embargo, incluso éstas quedaron muy menguadas en sus propias filas a mitad de los años veinte. Las organizaciones de *Piccoli italiani* (dependientes de la ANI) y los *Balilla* sufrieron una recesión en este período, y contaban con unos pocos miles de afiliados a mitad de los años veinte. Para relanzarlas, en 1926 una ley estatal constituyó la *Opera nazionale Balilla* (ONB), amparando su actividad en la escuela con funciones asistenciales y de instrucción militar de los muchachos de 8 a 18 años, agrupados según las supuestas jerarquías de las legiones de la antigua Roma. Incluso los patronatos escolares y los servicios de comida para la infancia gestionados por los municipios y otros entes fueron incluidos en este aparato totalizador. Todo lo que restaba de organizaciones voluntarias juveniles, como los *scouts*<sup>17</sup>, quedó integrado en la ONB o suprimido, con la excepción de la Acción Católica, a la que de todos modos se restringió sus ámbitos de actividad. En la ONB actuaron, sin embargo, capellanes, que colaboraban en la instrucción de los niños con los hombres de la Milicia fascista, los maestros y los profesores de gimnasia. En 1929 el control de este ente público pasó directamente del PNF al Ministerio de Educación, para explotar a fondo el reclutamiento en la escuela primaria obligatoria, a través del compromiso directo de muchos educadores y

---

<sup>16</sup> Cfr. DE FORT, Ester: *Scuola e analfabetismo nell'Italia del '900*, Bolonia, 1995; CHARNITZKY, Jürgen: *Fascismo e scuola*, Florencia, 1996; y BARBAGLI, Marzio: *Disoccupazione intellettuale e sistema scolastico in Italia*, Bolonia, 1974.

<sup>17</sup> PISA, Beatrice: *Crescere per la patria*, Milán, 2002; y SICA, Mario: *Gli scout*, Bolonia, 2002.

la necesidad de muchas familias pobres de recibir asistencia a través de comedores, guarderías infantiles y vacaciones en colonias estivales y campamentos para sus propios hijos. Fue el primer experimento de masas para construir lo que el historiador John Gillis definió como una «juventud de partido», y el antropólogo Karl Mitterauer como una «juventud de Estado»<sup>18</sup>.

### 3. EL ENCUADRAMIENTO DE LA «GENERACIÓN DE MUSSOLINI»

El carnet del PNF, instrumento habitual de facilitamiento de las carreras profesionales, sobre todo entre los burócratas y quienes aspiraban a empleos públicos y de integración social, fue concedido a partir de 1923 sólo por períodos limitados y de un modo más bien selectivo a las generaciones adultas, sospechosas de inclinación hacia las ya «superadas» mentalidades «liberal» y «bolchevique». En cambio, desde 1927 el acceso al partido quedó reservado a los jóvenes de veinte años que hubieran recorrido con constancia las organizaciones fascistas en sus diversos niveles: un recorrido del que la mayor parte de los muchachos y muchachas de los medios populares se separaba desde la escuela primaria. Para ampliar las dimensiones de un partido que a inicios de los años cuarenta llegó a englobar a la décima parte de la población adulta del país, se optó de modo preferente por los jóvenes. En proporción, la aportación de las organizaciones juveniles fue aún más fuerte en el caso de los *Fasci* femeninos, en los que se integraban muchachas bien adiestradas para asumir sus papeles públicos de visitantes domésticas de la *Opera nazionale maternità e infanzia* (ONMI), y para prestar servicio voluntario o profesional en estructuras asistenciales o educativas. Mientras tanto, el acceso a la vida pública y a muchos momentos clave de socialización para las personas menores de edad se otorgó preferentemente en función de la pertenencia a las organizaciones juveniles fascistas. Pero los puestos de relevo estaban ya todos ocupados por las generaciones protagonistas del escuadrismo. *Giovinezza* fue el himno oficial del partido, que se ejecutaba en cada concentración y se repetía habitualmente en los noticieros cinematográficos, transmisiones radiofónicas y conciertos, incluso más que la *Marcia reale* (el himno nacional), a la que se adjuntaba en cada acto oficial. Aparentemente se trataba de restar valor a los grupos de mayor edad, exaltando en contrapartida a los más jóvenes, para mostrar a la nación y al mundo un régimen que era expresión de juventud. En realidad, la nueva élite política fue, y siguió siendo por veinte años, la surgida de la oleada escuadrista de posguerra, o de los notables que se unieron al fascismo entre 1922 y 1923, no la de los muchachos formados en las organizaciones juveniles. Así, el régi-

---

<sup>18</sup> GILLIS, John: *I giovani e la storia*, Milán, 1981; y MITTERAUER, Michael: *I giovani in Europa dal medioevo a oggi*, Roma-Bari, 1991. Cfr. MOSSE, George L.: *Le origini culturali del Terzo Reich*, Milán, 1997 (1964), pp. 220-277; y NEUBAUER, John: *Adolescenza fin-de-siècle*, Bolonia, 1997.



men promovió medidas coactivas para incitar a la nupcialidad, y una insistente propaganda para aumentar la natalidad de las familias, con el fin de demostrar que la nación era joven, fértil y en ascenso demográfico. La «mística juvenil» sirvió para demostrar la implicación de la nación en un futuro prometedor, en contraste con los escasamente prolíficos regímenes liberales como las «decrépitas y corruptas» Francia e Inglaterra, representadas en la propaganda de los movimientos fascistas europeos como potencias en declive. Incluso los aparatos de información alentaron un sistemático aislamiento de la sociedad, y en particular de las jóvenes generaciones, respecto de las culturas y modas extranjeras. Sin embargo, casi hasta fines de los años veinte Italia, país pobre y carente hasta entonces de todo tipo de prácticas de apoyo público a actividades lúdico-recreativas, no disponía de los instrumentos necesarios para invitar a toda la juventud a nacionalizarse por medio de las estructuras de masas preparadas por el régimen para tales fines, y para impulsarla a renunciar a su tradicional autonomía cultural.

Por contra, en los años treinta resultaban evidentes las importantes inversiones e intervenciones del régimen para convertir en metódico y masivo el encuadramiento y el adoctrinamiento de la ONB sobre numerosos grupos de edad. En 1934 se produjo una ampliación de su actividad a los niños de 6 años, y se insistió aún más en la implicación de las niñas, de forma separada y vistiendo una camisa blanca en lugar de una negra, en desfiles y actividades deportivas<sup>19</sup>. Finalizada a los diez años la escuela obligatoria, sin embargo, incluso en las ciudades constituían una minoría los jóvenes de origen popular que mantenían su afiliación, si bien ésta marcaba a menudo, para los menores y para sus familias, la diferencia entre integración y marginalidad. Los niños de familias pobres que accedían precozmente al trabajo, abandonaban fácilmente este tipo de actividades. Además, la difusión de la ONB se veía fuertemente limitada en el Sur y, en general, en las áreas rurales y montañosas, a pesar de que, entre los niños y niñas, la inscripción en sus estructuras se convirtió en obligatoria en 1939. Ya en 1934 se convirtió en obligatoria la instrucción premilitar para los muchachos de 18 a 20 años, mientras que para los más jóvenes se limitó a ejercicios gimnástico-deportivos preparatorios para los ejercicios militares del llamado *sabato fascista*, recordada como una práctica aburrida y obligatoria por la mayor parte de los participantes. Era, sobre todo, una jornada de inútil adiestramiento para la marcha en formación a paso romano, que implicaba sin agrado ni entusiasmo a los inscritos en el partido, bajo la batuta de su secretario Starace. Prácticas tanto más deprimentes —quizás cómicamente patéticas a los ojos de los niños— que las de la provincia rural, donde las jerarquías perifé-

<sup>19</sup> ZAPPONI, Nicola: «Il partito della gioventù. Le organizzazioni giovanili del fascismo 1926-1943», en *Storia contemporanea* (Bologna), vol. 13, n° 4-5 (octubre 1982), pp. 569-633; BETTI, Carmen: *L'Opera nazionale...*, op. cit.; KOON, Tracy H.: *Believe, Obey, Fight: Political Socialization of Youth in Fascist Italy 1922-1943*, Chapel Hill y Londres, 1985; y OLIVA, Gianni: «Balilla», en ISNENGI, Mario (dir.): *I luoghi della memoria. Simboli e miti dell'Italia unita*, Roma-Bari, 1996, pp. 391-401.

ricas y campesinas trataban afanosamente de homologarse a los modelos grandilocuentes de los desfiles de masas a los que se podía asistir en las grandes ciudades. Replanteando algunos debates suscitados a mitad de los años veinte entre el ministro Gentile y el entonces secretario fascista Farinacci, a mitad de los años treinta se desarrollaron ásperas divergencias entre los jefes fascistas a la hora de situar a la organización juvenil bajo estrecha dependencia del PNF o más bien de las estructuras estatales. En particular, expresando sus propias opiniones, y, como en otras muchas ocasiones, presentándolas como ideales queridos por los jóvenes, el ministro de Educación Giuseppe Bottai, que albergaba serias dudas sobre la utilidad del adoctrinamiento sistemático y hubiera querido reconocer una cierta autonomía a su propio ministerio en la formación de la juventud, acabó por enfrentarse con el secretario del PNF, que concebía al régimen como la sociedad entera que marchaba encuadrada en cerrada formación militar, a las órdenes directas del partido. Acabó por prevalecer Starace, que en 1937 decidió la constitución de la *Gioventù italiana del Littorio* (GIL), con siete millones y medio de adherentes (según datos oficiales que deben ser utilizados con prudencia), y transformada a todos los efectos en una estructura subalterna del partido, asistida sólo por oficiales de las fuerzas armadas, a pesar de que la escuela seguía siendo su apoyo fundamental<sup>20</sup>.

En 1923 el fascismo impulsó con fervor un particular circuito asociativo, organizado en los años precedentes: el de los estudiantes universitarios y, a continuación, el de las clases finales de las escuelas superiores que daban acceso a facultades universitarias: los *Gruppi universitari fascisti* (GUF), que tuvieron un rápido desarrollo ya en los años veinte y fueron empujados a rechazar por completo la jovial y desenfadada tradición goliárdica, considerada moralmente decadente e incompatible con la seriedad y la disciplina de un organismo fascista. En 1934 la inscripción se hizo obligatoria para todos los universitarios, incluido el exiguo porcentaje de muchachas que alcanzaban ese nivel de estudios. Las jerarquías fascistas dedicaron una atención especial al crecimiento político de los afiliados a estas organizaciones estudiantiles, que eran instruidos como clase dirigente de recambio para el país. En los años treinta fueron incitados a sufrir una asidua aculturación en cursos académicos denominados de «mística fascista», pero sólo con el objeto de afinar sus propias capacidades dialécticas con la concesión de un espacio crítico desconocido en cualquier otro ámbito del régimen, dominado por un adoctrinamiento pedante e irracional. Los GUF parecían evitar la lógica masificadora que guiaba las intervenciones del régimen sobre la juventud. Constituyeron un sector especial de la intervención del partido, sin ser nunca unificados con la ONB o la GIL, organizaciones de masas que descuidaban la formación cultural y respecto de las cuales mantuvieron plena independencia. En décadas pasadas algunos historiadores, basándose en

---

<sup>20</sup> *La gioventù nella legislazione fascista*, Roma, 1941. Cfr. DOGLIANI, Patrizia: *L'Italia fascista 1922-1940*, Milán, 1999, pp. 140-163; GIBELLI, Antonio: *Il popolo bambino...*, op. cit., pp. 219-249.

numerosas memorias de estudiantes universitarios convertidos luego en exponentes de talla del antifascismo, han desarrollado la idea de que los GUF habrían sido en realidad una privilegiada palestra cultural en la cual se pudo desarrollar una intelectualidad fácilmente abocada al disenso e influenciada por ideologías alternativas. Este es un punto de vista hoy superado por la historiografía, ya que reducía la complejidad de las intervenciones del fascismo, banalizando la persuasión sutil y la hábil dosificación de paternalismo que se utilizó para estimular y controlar a las futuras élites, gratificando al tiempo el orgullo clasista de su ambiente de procedencia<sup>21</sup>. En la historiografía italiana, al lado de la existencia de estudios notables sobre la presencia, cuadros y actividades del PNF, faltan trabajos sobre la sociedad italiana de la época. Lo mismo sucede con el mundo juvenil, si se exceptúa la realidad estudiantil. Los estudiantes universitarios estaban sobrerrepresentados en el régimen y lo siguen estando en la historiografía, a pesar de ser una proporción exigua de los jóvenes y aún más de las jóvenes. Sin embargo, incluso los medios de comunicación de la época, aun dándoles una extraordinaria visibilidad como substrato intelectual vivo del PNF, se mantuvieron en su conjunto menos atentos a las redes elitistas como los estudiantes de los GUF, en comparación con la formación general de los jóvenes en la ONB y en la GIL como futuros combatientes, posiblemente destinados a integrarse en unidades escogidas de las fuerzas armadas. Eso no impidió que muchos adherentes a los GUF fueran luego los que más brillaron o fueran objeto de atención más privilegiada entre los *avanguardisti* de la GIL y en los *Fasci* juveniles.

#### 4. EL «RÉGIMEN JOVEN»

Seguramente el factor generacional contribuyó al éxito de la movilización escuadrista, y su victoria política produjo, al menos en principio, un recambio generacional consistente y significativo<sup>22</sup>. Desde su ascenso al poder, sin embargo, dos generaciones de cuadros de jóvenes y de mediana edad se situaron de forma estable al timón del régimen, dejando en el limbo político, privados de los resortes del mando, a las sucesivas generaciones formadas en su seno, que únicamente obtuvieron compensaciones de carácter simbólico. Ya a mitad de los años veinte, algunos intelectuales de veinte años de edad advertían estas

---

<sup>21</sup> Cfr.: ZANGRANDI, Ruggero: *Il lungo viaggio attraverso il fascismo. La storia della generazione cresciuta all'ombra dei fasci*, Milán, 1971, 2 vol.; DE FELICE, Renzo: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso, 1929-1936*, Turín, 1996; QUAGLIARIELLO, Gaetano: «L'associazionismo giovanile e studentesco: la «rottura» degli anni trenta», en VARNI, Angelo (dir.): *Il mondo giovanile in Italia tra Ottocento e Novecento*, Bolonia, 1998, pp. 179-200 y *Studenti e politica (1925-1946)*, Manduria, 1987; y LA ROVERE, Luca: *Storia dei GUF*, Turín, 2003.

<sup>22</sup> SABBATUCCI, Giovanni: «Le generazioni della guerra», en *Parolechiave* (Roma), n° 16 (abril 1998), pp. 115-127.

contradicciones, y preveían una crisis interna en el sistema de poder fascista, por la conjunción de factores generacionales y clasistas<sup>23</sup>. De modo que para superar contradicciones de este tipo, el fascismo en su conjunto invirtió importantes recursos en la implicación civil de niños, muchachos y jóvenes de ambos sexos en rituales y movilizaciones del propio régimen, obteniendo a largo plazo una importante masa de maniobra, frecuentemente utilizada también para acechar y resquebrajar desde el interior, a través de los hijos, la resistencia a la integración en el régimen de los adultos antifascistas expulsados de la vida pública, y por ello reclusos en sus propias familias en una frustrante pero aparentemente protectora marginalidad. En 1928 el PNF exigió la creación de un campo de deportes en cada población para la práctica atlética, la gimnasia y la lucha. Sobre todo en los centros urbanos, el régimen destinó una continua financiación a edificios reservados como sedes de representación de las propias organizaciones juveniles, para el disfrute de la radio y el cine, ejercicios militares y deportivos y para vacaciones, además de escuelas, implicando en los proyectos a los mejores arquitectos, inspirados en diseños futuristas que retomaban experiencias de la República de Weimar, o, de forma no declarada, de la Unión Soviética. En la segunda mitad de los años treinta fueron invitadas a Italia numerosas delegaciones políticas juveniles de naciones sometidas a dictaduras filofascistas, con el fin de concertar actos de hermanamiento. En estas organizaciones prestaron servicio cerca de 150.000 dirigentes e instructores adultos, en parte voluntarios, pero en su mayor parte retribuidos. También fueron comprometidos otros tantos oficiales y suboficiales de la milicia. Para forjar los nuevos modelos de comportamiento de los jóvenes y las jóvenes, en 1928 el régimen se dotó de un prestigioso centro de formación de instructores deportivos en Roma, seguido poco después de una ambiciosa institución similar para las entrenadoras en Orvieto. Se dedicaron programas radiofónicos específicos y bien dirigidos para la infancia y la juventud, que eran escuchados colectiva o individualmente por los adheridos a las organizaciones juveniles, con el fin de reforzar los lazos de grupo y la fuerza sugestiva de los mismos. Fueron publicados numerosos periódicos especializados según el tramo de edad, con escritos e ilustraciones de los máximos talentos artísticos y literarios italianos, como apoyo ideológico a la construcción de esta cultura de base. Paralelamente, a través de la construcción de monumentos y de un sistemático y redundante empleo de los medios de comunicación de masa, se llevó a su máxima expre-

---

<sup>23</sup> GRILDRIG [Alberto Cappa, cuñado de Marinetti]: *Le generazioni del fascismo*, Turín, 1924; DORSO, Guido: *La rivoluzione meridionale*, Turín, 1925; GOBETTI, Piero: *Scritti politici*, Turín, 1960; y CAPPÀ, Alberto: *Due rivoluzioni mancate*, Foligno, 1923. Cfr. las valoraciones más maduras sobre la sugerencias lanzadas por Grildrig, no tomadas al pie de la letra, en la obra del más importante historiador nacionalista y fascista: VOLPE, Gioacchino: *Lo sviluppo storico del fascismo*, Turín-Palermo, 1928, pp. 13-22, y en dos importantes jerarcas e intelectuales del régimen: BOTTAI, Giuseppe: «Giovani nel fascismo», en *Critica fascista* (Roma), 1926, pp. 286-287; y PELLIZZI, Camillo: *Fascismo e aristocrazia*, Milán, 1925, pp. 90-113.

sión la representación estética del régimen y de su jefe como expresión de la juventud, y de los italianos como nación dinámicamente joven<sup>24</sup>.

En semejante monopolio de organización de actividades formativas y recreativas, el único posible competidor tolerable —muy limitado en medios, pero presente de forma progresiva en las estructuras parroquiales— era la juventud de Acción Católica, cuyos afiliados por lo general frecuentaban ambos circuitos formativos: el del régimen y el eclesiástico. En las localidades rurales, los limitados medios del circuito fascista y del parroquial tendían a equilibrarse, y consistían todo lo más en un campo de juegos y un salón para reuniones y espectáculos, en los que a menudo se mantenía la cohabitación, bajo la guía de un capellán de los Balilla. El intercambio entre las organizaciones juveniles femeninas del régimen y el ambiente católico fue particularmente intenso, dada la fuerte sintonía en la consideración del papel que debía darse a las mujeres. Para las *Piccole italiane*, de 8 a 13 años, se trataba de una preparación general para asumir en el futuro el papel doméstico de madre de familia, con resignación cristiana y fascista, en una actitud de politización pasiva. Más activista fue el papel reservado al nivel de edad inmediatamente superior, hasta los 18 años, las *Giovani italiane*, en general de extracción burguesa y con un discreto porcentaje de estudiantes<sup>25</sup>. Y aún más lo fue el de las que continuaban hasta los 21 años la adhesión a las *Giovani fasciste*, con un intenso aprendizaje de actividades voluntarias en servicios asistenciales, para dar a las jóvenes más instruidas y de patrimonio elevado un papel moderno y discretamente prestigioso en la difusión de nuevos hábitos en la vida popular y en el mantenimiento bajo constante observación y tutela de las familias de las clases inferiores, para averiguar la identificación de los diversos componentes de la familia con los dictámenes del régimen, a cambio de la distribución de suministros o al menos de subsidios y de asistencia. Ningún papel guerrero o vistosamente dirigente se previó en su educación, sino que se optó por los deportes más adecuados y la gimnasia rítmica adaptada a las futuras madres, y a nivel más elitista, por la instrucción para asumir papeles de patronazgo y de control social, mientras no se dejaba de alimentar la emotividad haciendo desfilar sus secciones en las manifestaciones y, sobre todo, solicitando con fuerza en el imaginario femenino la devoción al *Duce*, contemplado entonces como jefe carismático y taumatúrgico, figura elegantemente viril y padre de todos los italianos. Parece ser

<sup>24</sup> MALVANO, Laura: *Fascismo e politica dell'immagine*, Turín, 1988 e «Il mito della giovinezza attraverso l'immagine: il fascismo italiano», en LEVI, Giovanni, y SCHMITT, Jean-Claude (dirs.): *Storia dei giovani*, Roma-Bari, 1994, vol. II, pp. 311-348 (ed. en castellano: *Historia de los jóvenes*, Madrid, 1996); PAPA, Mauro: «La rappresentazione del corpo maschile nell'arte dell'Italia fascista», en *Memoria e ricerca*, nuova serie (Milán), vol. 11, n° 14 (2003), pp. 177-194; GENTILE, Emilio: *Il culto del Littorio*, Roma-Bari, 1995; y MOSSE, George L.: *L'immagine dell'uomo*, Turín, 1997.

<sup>25</sup> MIETTO, Marco y RUGGERINI, Maria Grazia: «Gli studenti del liceo classico e dell'Istituto magistrale a Reggio Emilia negli anni Trenta», en *Regime e società civile a Reggio Emilia 1920-1946*, Reggio Emilia, 1989, vol. II, pp. 229-391.

que estos papeles fueron aceptados, lo que produjo una regresión de las expectativas de muchas mujeres intelectuales y de muchas trabajadoras que renunciaron a una ocupación extradoméstica estable. En todo caso, en el ámbito femenino no aparecieron, o al menos no tuvieron visibilidad, los conflictos generacionales, quizás porque las mujeres adultas admitidas en cargos dirigentes siguieron siendo escasas y con un poder limitado en las estructuras del partido<sup>26</sup>. En suma, las muchachas contemplaron como algo habitual su participación en tono menor en las actividades recreativas o políticas que el régimen destinaba a sus compañeros masculinos.

Como ha destacado la historiadora Patrizia Dogliani, «en este proceso de inserción rápida y a menudo forzada de los jóvenes italianos en la esfera pública, la organización del tiempo libre de la juventud representaba un factor de novedad y de modernidad de las costumbres»<sup>27</sup>. A través de estas intervenciones que «nacionalizaron» la infancia y la juventud, el régimen penetró decisivamente en la vida de los medios populares, modificando diversos aspectos y manteniéndolos en estrecho contacto con las políticas estatales. Ante las diferentes dictaduras que poco a poco surgieron en Europa, e incluso ante las delegaciones procedentes del mundo liberal —con frecuencia fascinadas por este primer experimento de disciplinamiento de grandes masas de jóvenes, e interesadas en estudiarlo— el fascismo pudo ofrecer con orgullo el más sólido y llamativo modelo de encuadramiento jerárquico de la juventud nacional alcanzado hasta la fecha<sup>28</sup>. Todavía en Italia, la implicación de la «juventud de partido» como instrumento de rígido control moral y asiduo espionaje político sobre las familias y sus coetáneos no parecía una exigencia prioritaria del sistema, como desde 1934 sucedió en la Alemania nazi. Es verdad que también en Italia la escuela y la ONB utilizaron medios similares, pero su eficacia resultaba relativamente escasa, debido a los límites e incoherencias del sistema educativo instaurado por el régimen para impulsar de verdad a los muchachos a identificarse de forma inequívoca con los valores oficiales. En el régimen mussoliniano, incluso aunque comportase la exclusión y la persecución en momentos fundamentales de la vida social, el inconformismo no fue reprimido violentamente como en el régimen hitleriano, cuya intolerancia se demostraba en una férrea rigidez en la imposición difusa de sus propios modelos morales de referencia. Si

<sup>26</sup> MONDELLO, Elisabetta: *La nuova italiana*, Roma, 1987; *Caro Duce. Lettere di donne italiane a Mussolini*, Milan, 1989; DE GRAZIA, Victoria: *Le donne nel regime fascista*, Venecia, 1993; PASSERINI, Luisa: «La giovinezza metafora del cambiamento sociale», en LEVI, Giovanni y SCHMITT, Jean-Claude (dirs.): *Storia dei giovani*, op. cit., vol. II, pp. 391-393; GIBELLI, Antonio: *Il popolo bambino...*, op. cit., pp. 250-290.

<sup>27</sup> DOGLIANI, Patrizia: *Storia dei giovani*, op. cit., pp. 120-121.

<sup>28</sup> OLLIVIER, Blandine: *Jeunesse fasciste*, París, 1934. Cfr. SOUTO KUSTRIĆ, Sandra: ««El mundo ha llegado a ser consciente de su juventud como nunca antes». Juventud y movilización política en la Europa de entreguerras», en MARÍN, Manuela (coord.): *Jóvenes en la historia*, dossier de *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nouvelle série (Madrid), vol. 34, n° 1 (2004), pp. 179-215.

en la juventud italiana se desarrollaron de forma difícil costumbres juveniles alternativas, incluso despolitizadas, frente a lo que sucedió en la Alemania nazi, se debió esencialmente a la extrema pobreza y al provincianismo dominantes en la sociedad italiana de la época, donde las actividades recreativas, nuevos hábitos de consumo y actividades de socialización puestos a disposición del régimen fueron, efectivamente, una novedad extraordinaria en muchos lugares del país, y valorados incluso en los ambientes populares, donde estaba o había estado más arraigado el sentimiento antifascista<sup>29</sup>. De modo que, a mitad de los años treinta, el antifascismo clandestino, sobre todo el comunista, trató de infiltrarse en estas organizaciones para la juventud, como las deportivas y de tiempo libre, para extender su influencia. Ciertamente, como en la escuela pública, la participación en las actividades de la ONB y de la GIL no estaba exenta del carácter fuertemente clasista de la sociedad italiana de aquellos años. Si a los chicos de los sectores sociales superiores o medios se les debía homologar, no sin desconfianzas y discusiones, junto con sus coetáneos que habitualmente se cuidaban de frecuentar, conservaron ciertos privilegios y una consideración por parte de los instructores, que mantuvieron distancias sociales gratificantes para ellos pero mortificantes para los subalternos. Por otro lado, los sondeos efectuados en la memoria de los antiguos *balilla* y *avanguardisti* ofrecen en general la impresión de haber participado en las sedes de la ONB en actividades aburridas y obligatorias, en claro contraste con los recuerdos de los juegos y diversiones espontáneas, apacibles y atractivas de su propio ambiente, lejos de la rígida dirección de los adultos en camisa negra<sup>30</sup>.

Aún no disponemos de estudios sobre la familia obrera y agrícola que nos permitan valorar la penetración del régimen entre los jóvenes de la clase obrera o del campo, pero más allá de ejercicios y obligaciones deportivas para los sectores populares, sobre todo los rurales, la ONB y la GIL no ofrecieron propuestas para cubrir el tiempo libre de los muchachos. Como la escuela, las estructuras juveniles fascistas se convirtieron en un momento fundamental para perfilar su personalidad, pero dejaron al descubierto aspectos de socialización informal no menos formativos para la vida de los jóvenes, pero escasamente impregnados de los valores de las instituciones totalitarias. Profundizando en los límites de la asimilación juvenil al oficialismo del régimen se descubre, en suma, que los problemas del desempleo y el subempleo continuaban siendo visibles y endémicos en la Italia de los años treinta, y actuaban como un permanente factor de frustración para los jóvenes, sobre todo los de las clases populares, contribuyendo a convertirlos en hostiles, o al menos en escépticos y sarcásticos, ante las promesas propagandísticas de las autoridades. La adhesión entusiasta a las organizaciones juveniles se convirtió en obligación para quien deseara acceder a

---

<sup>29</sup> GRIBAUDI, Maurizio: *Mondo operaio e mito operaio*, Turín, 1987, p. 152.

<sup>30</sup> SARACENO, Chiara: «La famiglia operaia sotto il fascismo», en *Annali Fondazione Giangiacomo Feltrinelli 1979/1980* (Milán), 1981, p. 226; OLIVA, Gianni: «Balilla», art. cit., pp. 400-401.

profesiones vinculadas con la educación, y también era un título de preferencia para el acceso a empleos de la administración pública o para cualquier tipo de trabajo. Sin embargo, los que disfrutaron con preferencia de estas ventajas fueron en primer lugar los adultos y antiguos afiliados al partido, lo que obligó a protestar contra tales injusticias. La alienación con respecto al régimen pudo depender también de los adultos, menos implicados en los problemas de la socialización de sus propios hijos. Hubo familias que, privando a sus hijos de todos los beneficios de la asistencia paternalista de la ONMI, optaron por una completa marginalidad para defenderse de las intromisiones de las visitantes fascistas en su esfera privada, al igual que decidieron no inscribir a sus hijos en la ONB. A la sombra del mito de la juventud fueron tomando cuerpo dos imágenes contrapuestas de los jóvenes: los adolescentes encuadrados en la ONB, disciplinados deportivamente y políticamente dependientes, y los jóvenes de las clases populares dotados de espíritu de independencia y de precocidad, valores cada vez más estigmatizados como manifestaciones desviadas, como muestra el creciente recurso a condenas judiciales y el neto aumento de los centros de detención de menores.

Incluso con las generaciones mayores, la propaganda oficial remachaba continuamente la idea de que la dictadura trabajaba esencialmente en nombre de la juventud, para construirle un destino de potencia. Pero el mismo concepto de «joven» en el debate público perdió todo nexo con la edad censal, y asumió el significado desviado de fascista, o de elemento estrechamente funcional al régimen. El empleo de esta palabra se convirtió en un juego complejo y desenfadadamente mistificador, destinado a compendiar las grandes innovaciones y la apertura mental de un sistema político que, en cambio, tendía cada vez más a inmovilizar a la sociedad dentro de sus rígidos esquemas autoritarios. Mussolini era habitualmente descrito como *il più giovane degli italiani*, mientras que muchos jóvenes eran criticados insistentemente por los órganos de prensa por estar interiormente muertos o envejecidos, es decir, amorfos o vinculados a los deteriorados esquemas mentales del pasado. Y en muchos momentos de debate político de las jerarquías fascistas, los promotores se presentaban como dispuestos a patrocinar los ideales e intereses de los jóvenes, que no tenían ninguna posibilidad de expresar sus propias opiniones de forma autónoma. Cuando los jerarcas e intelectuales fascistas querían reflexionar sobre los problemas generales del país, con frecuencia suscitaban discusiones sobre la juventud. La constante atención formal de las autoridades a las necesidades juveniles pudo despertar en los afiliados a la ONB y a la GIL un sentido de fuerte integración en el régimen, pero también alimentaron su confusión, transfiriendo de hecho la propia identidad colectiva de grupo social a las obras realizadas por el fascismo para encuadrar a los chicos y las chicas. Si en 1915 el mito literario de la juventud, exaltado y manipulado por D'Annunzio y el futurismo, se había transformado en un instrumento retórico para justificar atropellos violentos y considerar fuera de la nación a una parte importante de italianos, incluida quizás una parte mayoritaria de la juventud de la época, ahora la defensa de la



juventud podía aparecer, en la simbología del lenguaje corporativo fascista, como una metáfora del conflicto político, o un paliativo para eludir los conflictos sociales, con la promesa de vincular los grandes cambios del conjunto del orden social a los hipotéticos papeles futuros de importancia que se estaban preparando para los jóvenes, de los que las enormes inversiones materiales en los aparatos de la ONB y de la GIL parecían ser el anuncio y la premisa<sup>31</sup>.

Sin embargo, lo que las generaciones crecidas bajo la sombra del régimen podían constatar era el rígido envejecimiento de los aparatos políticos dominantes, que inicialmente el fascismo había rejuvenecido notablemente. Y, obviamente, nadie pudo llegar a oponerse a las dos generaciones precedentes de gloriosos ex-jóvenes, que se pavoneaban, en no pocos casos de forma abusiva, de los grandes reconocimientos obtenidos por haber participado en la Primera Guerra Mundial y en el escuadrismo, acontecimientos considerados como fundadores del régimen. Era una situación de estancamiento que deprimió y desorientó a las elites juveniles politizadas (con mayor razón en los ambientes privilegiados por renta e instrucción) que se vieron privadas del acceso al poder y de salidas profesionales privativas de la generación escuadrista que en los primeros años veinte se convirtió en su guía, y que era de hecho una casta cerrada de funcionarios y cuadros dirigentes de alto y bajo nivel<sup>32</sup>. Muchos jóvenes experimentaron luego un sentimiento de desconfianza hacia un liderazgo político que respondía a sus demandas casi exclusivamente con pedantería ideológica. En los años treinta, entre un sector del aparato dirigente fascista circularon serios temores de que los resultados de la participación masiva de las jóvenes generaciones fueran diferentes de los que aparecían en la reuniones de exaltación, o cuando los estudiantes, *balilla* y *avanguardisti*, repetían con diligencia a los jefes fórmulas retóricas aprendidas de memoria. Se temía que tras la adaptación conformista a todas las demandas de instructores y burócratas se escondiera un sustancial escepticismo y apatía respecto a los objetivos del régimen: que esta masa de gregarios, aparentemente tan disciplinada, fuera en realidad indiferente a los esfuerzos y proyectos políticos realizados para ellos y en su propio nombre.

## 5. LA PUESTA A PRUEBA DE UNA NACIONALIZACIÓN EXASPERADA

La incapacidad de la dictadura mussoliniana y del aparato bélico nacional para responder a las exigencias de una guerra moderna y de masas sacó a la luz algunos de estos problemas. En los años treinta, la imagen concreta y suma-

<sup>31</sup> PASSERINI, Luisa: «La giovinezza metafora...», op. cit., pp. 383-409.

<sup>32</sup> GERMANI, Gino: «La socializzazione politica dei giovani nei regimi fascisti: Italia e Spagna», en *Quaderni di sociologia* (Turín), vol. XVIII, n° 1-2 (enero-julio de 1969), pp. 45-64 y *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975.

mente exaltada del joven fascismo victorioso la ofrecen sobre todo algunos centenares de miles de combatientes veinteañeros en los desiertos de Libia, en Etiopía y en la guerra civil española, que en su mayor parte crecieron encuadrados en la ONB y en la GIL, sin la posibilidad de experiencias culturales alternativas, pero con la promesa de llegar a ser un día los cuadros organizadores del tan publicitado «imperio mediterráneo»<sup>33</sup>. Ahora hacían su experiencia crucial como generación, guerreando en regiones lejanas, cuyos nombres sonaban exóticos en Italia. En la época se hablaba de ellos como la «generación de Mussolini» o la «generación del Imperio». Era la imagen de una «Joven Italia» combatiente que, tras la fácil ocupación de Albania, no pudo soportar ulteriores pruebas militares a inicios de los años cuarenta contra ejércitos equipados de forma moderna, como el francés, el británico o el soviético, ni siquiera con el pequeño y pobre, pero decidido, ejército griego. Al mismo tiempo, a diferencia del ejército alemán, las fuerzas armadas italianas y sus batallones especiales de camisas negras dedicados a la represión de la guerrilla no lograron derrotar a las fuerzas partisanas del área balcánica, sino que se sumieron en una agresión despiadada, repleta de crímenes continuos contra la inerme población civil. La suprema prueba práctica que podría haber caracterizado firmemente como generación a los jóvenes adiestrados en los aparatos de masas del régimen, tanto de extracción popular como burguesa, hubiera sido, sin duda, la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, la mayor parte de ellos terminó por desarrollar confusamente una aversión al régimen y a sus planes de dominio en el Mediterráneo, disparatados respecto de la capacidad de movilización industrial y bélica del país. Luego, en primer lugar, cundió una irrefrenable hostilidad al prepotente predominio del, a pesar de todo, admirado aliado alemán. La alianza con el *Reich* suscitó desde el comienzo importantes reparos, especialmente entre los veteranos de la Primera Guerra Mundial y entre los jóvenes que habían creído que el fascismo era la versión moderna y de masas del garibaldismo, y que ahora veían en la opción filogermana una traición a la tradición combatiente del *Risorgimento* y de las trincheras de 1915-1918.

La retórica de la juventud conquistadora, fuerza activa de la «nación en armas» en junio de 1940, se fue deteriorando en una guerra mundial en la que las fuerzas armadas estuvieron empeñadas en una «guerra paralela» con el aliado nazi y con la pretensión de forjar un «nuevo orden mediterráneo», idealizado como resultado y como espacio vital de la nueva juventud italiana, de la que se proclamaba la superioridad física y mental respecto de las anteriores generaciones. La desastrosa conducción de esta guerra llevó al extremo la percepción de turbación y soledad de los jóvenes, que se sintieron huérfanos de guías creí-

---

<sup>33</sup> Cfr.: BOTTAI, Giuseppe: «La giovinezza come ordine nuovo», en *Primato* (Roma), 15 de julio de 1942; *Autobiografie di giovani del tempo fascista*, Brescia, 1947; ADDIS SABA, Marina: *Gioventù italiana del Littorio*, Milán, 1973; RODOGNO, Davide: *Il nuovo ordine mediterraneo*, Turín, 2003; y GENTILE, Emilio: *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo stato nel regime fascista*, Florencia, 1995.

bles y enviados al destierro en estrategias bélicas imprudentes seguidas de clamorosas derrotas militares. Constatada la reducida capacidad bélica del aliado italiano en la agresión a Grecia y en la conducción de una guerra de desgaste contra el Reino Unido, en 1941 las jerarquías nazis animaron a marchar a trabajar en las industrias del *Reich* a muchas decenas de miles de jóvenes italianos, aun cuando estuvieran en edad de prestar servicio militar. Pero incluso esa experiencia de emigración programada de masas hacia la industria alemana —realizada desde el comienzo con una insistente exaltación propagandística— provocó numerosos problemas de gestión, con manifestaciones recíprocas de intolerancia entre los trabajadores emigrantes y los aparatos industriales y la población del país aliado dominante. La acumulación de experiencias bélicas negativas llevó a esta generación —a pesar de su reconocida falta de capacidad para buscar una orientación política alternativa— a desarrollar una sorda hostilidad hacia las jerarquías fascistas, que desde 1942 pareció desembocar en un disentimiento juvenil difuso, tanto en el ámbito popular como en el burgués. Era una situación muy diferente a la que se podía encontrar en esos mismos tiempos entre la juventud alemana, donde un inconformismo social muy difuso no alcanzó a politizar a los propios circuitos informales en sentido antinazi, ni siquiera tras los repetidos fracasos militares. A fines de 1941 Mussolini trató, aunque sin resultados palpables, de recobrar la confianza de los jóvenes mediante la repentina promoción al secretariado del partido de Aldo Vidussoni, joven de 27 años, mutilado, medalla de oro de la guerra de España, funcionario del GUF y promesa postrera de un rejuvenecimiento del régimen. Pero esta figura de paja se convirtió pronto en el modelo del fanático inútil, incapaz de mostrar su propia personalidad y de tomar decisiones políticas, puesto por el dictador en un encargo tan delicado con el fin de explotarlo como un instrumento absolutamente dócil a su propia voluntad. Sólo una minoría muy reducida de adherentes a la GIL reaccionó ante el profundo malestar exasperando su fanatismo bélico, y, rechazando el desengaño, dirigió su rencor hacia los jefes en la búsqueda de un fascismo integral y radical, que las anteriores generaciones no habían sabido realizar por su escasa determinación, aburguesamiento o corrupción<sup>34</sup>. Mientras tanto, la retórica sobre la joven stirpe itálica conquistadora se fue haciendo pedazos en el otoño-invierno de 1942, cuando las decisivas derrotas en el desierto africano y en el Don mostraron a los italianos de uniforme y de paisano la irrealidad de haberse imaginado una gran potencia imperial. Y desde las ciudades italianas, sometidas a continuos y devastadores bombardeos aéreos mientras la aviación italiana estaba virtualmente fuera de combate, se difundió una sensación general de inseguridad e impotencia. La experiencia bélica mostró de este modo a todas las generaciones cómo la juventud había sido enviada al frente equipada con mucha ideología y pocos medios acordes para sostener

---

<sup>34</sup> GAGLIANI, Dianella: «Giovinezza e generazioni nel fascismo italiano: dalle origini alla Rsi», en *Parolechiave* (Roma), n° 16 (abril de 1998), pp. 129-158.

una guerra moderna contra grandes potencias industriales. Estas generaciones imbuidas durante muchos años de vaporosas certezas ideológicas se encontraron viviendo un cruel desengaño, una tragedia nacional. Algunos intelectuales que hasta entonces habían encarnado y desarrollado en versión fascista el mito de los *ragazzi del 1899* de la anterior guerra mundial, ahora sembraban en sus conversaciones privadas cáusticas críticas sobre el fracaso de la educación pre-militar impartida por el régimen, en la que, con sus chicos de uniforme o a pecho descubierto blandiendo fusiles y bayonetas de madera, adiestrados por antiguos escuadristas, educadores y cuadros de las fuerzas armadas, habían crecido con diletantismo al menos dos generaciones de matones, que se mostraban con descaro a las chicas en los desfiles del sábado o en las grandes celebraciones del partido, pero que, en la prueba de la verdadera guerra, se habían revelado como militares habitualmente indisciplinados e incapaces de adaptarse al sacrificio anónimo del infante<sup>35</sup>.

En los primeros meses de 1943 fueron principalmente los fermentos juveniles los que atravesaron el país, disgregando la disciplina militar y los aparatos de control social. Jóvenes de uniforme y de paisano fueron denunciados por derrotismo, por haber clamado contra la guerra, pero sobre todo contra la persona del *Duce*, definido en sus reuniones como un loco que había conducido a ellos y al país a la ruina. Según todos los informes de la policía, las masas que protestaban estaban constituidas sobre todo por aprendices y jóvenes obreros y obreras. Una masa que, tras casi veinte años de conflicto industrial latente, se atrevió a ir a la huelga entre marzo y abril de 1943 para reclamar mejoras salariales y en oposición a la guerra, en las industrias de la Italia septentrional, desacreditando a los potentes sindicatos fascistas. La dictadura, irremediablemente en crisis, evitó la confrontación directa, mientras acogía parte de sus reivindicaciones económicas y hacía desaparecer en los medios de comunicación cualquier referencia al gran conflicto social en curso, limitándose a detener en privado a los organizadores y a las conexiones clandestinas de la protesta, exorcizando el trauma de una represión sangrienta que muchos esperaban y que Hitler había solicitado. Destituido Vidussoni, Mussolini llamó entonces para dirigir el PNF a Carlo Scorza, antiguo jefe de los escuadristas de Lucca, pero también ex-jefe de los *Balilla* y luego de los *Fasci giovanili*. En la última reunión de los jefes fascistas, sin embargo, el secretario Scorza fue el único que admitió que, al igual que los obreros, los estudiantes habían acabado enfrentados con el régimen y con el partido, porque «habíamos incitado a los jóvenes a ir hacia adelante, y, de hecho, sólo hemos hecho avanzar a algunos de ellos, como conejillos de indias»<sup>36</sup>.

En la última semana de julio de 1943 —cuando el golpe monárquico-militar puso fin al régimen de Mussolini e hizo definitivamente inoperantes todos sus aparatos de movilización social, incluidas las organizaciones juveniles,

---

<sup>35</sup> MONELLI, Paolo: *Roma 1943*, Milán, 1948, pp. 13, 228-229.

<sup>36</sup> SCORZA, Carlo: *La notte del Gran Consiglio*, Milán, 1966, p. 130-131.

inmediatamente disueltas—, fueron sobre todo muchedumbres exultantes de jóvenes y de adolescentes las que llenaron las calles, actuando con un total desprecio iconoclasta contra los símbolos del régimen y las imágenes del dictador, y asaltando y destruyendo todas las sedes de los grupos fascistas de barrio que el ejército no había logrado ocupar. Si el gobierno monárquico-militar se hubiese preocupado de relacionarse hábilmente con la sociedad, en vez de moverse de modo confuso e incoherente en el interior de las instituciones estatales y militares ya desarticuladas o en los canales diplomáticos internacionales, esta juventud que se unía entonces con ímpetu patriótico contra la imagen opresiva y ruinosa del fascismo, quizás hubiese podido convertirse en una sólida masa de maniobra, aglutinadora del tejido nacional deshecho en parte por la larga y lacerante crisis, y luego por la autocomplacencia de una dictadura que durante veinte años se había dotado de instrumentos potentísimos para aparecer ella misma como encarnación de la nación. Eso no sucedió, y de este modo se llegó a la rápida desbandada de las fuerzas armadas y al ruinoso derrumbamiento moral del país, dejado a sí mismo por las autoridades civiles y militares. Con ello se produjo la completa disgregación del complejo proceso de nacionalización de la juventud iniciado en torno a 1910, que el fascismo había llegado a definir y estructurar como su propio y específico modelo nacional y transnacional. La juventud, con o sin uniforme, se sintió doblemente abandonada y engañada: no sólo por las propias jerarquías fascistas, sino también por la monarquía y las fuerzas armadas, es decir, en esencia por el conjunto del Estado, desacreditado a todos los niveles porque, cerca del colapso, fue incapaz de actuar como guía de la nación abandonada a la ocupación alemana. Las negociaciones planteadas en agosto de 1943 entre el secretario de la Juventud de Acción Católica, —único circuito asociativo que continuaba siendo legal tras la supresión de los fascistas—, apoyada por el obispo de los capellanes castrenses y el obispo de los *Balilla*, y el gobierno militar de Badoglio para transferir a las estructuras organizativas católicas el monopolio de la gestión del ingente patrimonio inmobiliario y de enseres que el régimen fascista había construido para controlar y encuadrar a la juventud italiana no tuvieron tiempo de llegar a buen término. Parece verosímil que sectores importantes de la jerarquía católica apuntaran por esta vía a una clericalización integral de la sociedad por vía autoritaria, según los modelos portugués y español.

En el momento de su inesperada reaparición en la escena pública, convertido en el fatigado instrumento de la ocupación extranjera, Mussolini habló por radio el 18 de septiembre de 1943 con voz tétrica y apagada, casi irreconocible, para acusar a la corte y a los jefes del ejército de haber traicionado a Italia y a su juventud, arrojándole a él del poder y abandonando la alianza con los alemanes. El hombre que un día había sido el ídolo de las jóvenes generaciones actuó como si no hubiera sido considerado muerto por los italianos, y borrado hacía dos meses de su imaginario a causa de las jornadas de alborozo iconoclasta protagonizadas por multitudes de jóvenes. El periodista de 33 años Ennio Flaiano compuso para la ocasión un breve monólogo teatral donde, identificado

con la figura del príncipe Hamlet que se encuentra en presencia del espectro del padre asesinado pero derribando las convenciones shakespearianas, en vez de erigirse en vengador del discutido honor del padre-dictador, confesaba con orgullo agresivo haberle asesinado personalmente y haber repudiado con despectiva repulsión el cadáver de aquél que en vida había tratado de hacer de él una marioneta: «He matado a mi padre. ¿Y os horrorizáis? ¿Acaso no me privó de la posibilidad, concedida por el Destino, de haber nacido de una forma más plena y delicada? He matado a mi padre, que osó determinarme, haciendo de mí un actor»<sup>37</sup>. Gran parte de las jóvenes generaciones había ya matado simbólicamente al ídolo Mussolini, y sólo una exigua minoría —sobre todo estudiantes muy jóvenes y ex-*avanguardisti* que aún no habían combatido en la guerra— se ofrecieron voluntarios para batirse por el antiguo *Duce* en una guerra civil, con la esperanza de devolver con su propia sangre y con la ajena la sacralidad a las simbologías fascistas rechazadas con rencor por la nación derrotada, o para inmolarsse en la defensa del «orden europeo» de aplastante dominio alemán, reconociendo expresamente la subordinación de los propios modelos nacionales a los valores nazis, en el momento en que incluso las jerarquías del antiguo régimen caído era despreciadas como envejecidas, estáticas y corruptas<sup>38</sup>. Mientras tanto, en la Italia centro-septentrional ocupada por la *Wehrmacht*, en 1944 el gobierno fascista dedicó parte de sus mermadas energías a reorganizar, junto a las escuelas aún en funcionamiento, las asociaciones para muchachos y muchachas: la última red asociativa de masas de que pudo disponer. Según las poco fiables cifras oficiales, recogió 700.000 adhesiones, y trató de hacer de ellas un instrumento de autolegitimación, consenso social y adoctrinamiento. Pero estas iniciativas sirvieron también para el reclutamiento de militares, auxiliares y espías entre los adolescentes, con el fin de sustituir la visceral repulsión por la camisa negra y los uniformes que albergaba la generación de antiguos soldados y marineros de veinte años de edad que había pertenecido a las disueltas fuerzas armadas. Y, por otro lado, para volver a plantear el mito del heroico sacrificio juvenil, aunque estos desesperados combatientes residuales se empleasen esencialmente contra los partisanos, connacionales y en muchísimos casos coetáneos. Al mismo tiempo, de forma muy diferente en las diversas regiones italianas, entre 1943 y 1945 y superpuesta a la doble ocupación de alemanes y de angloamericanos, otra minoría de jóvenes de variado origen social hizo de forma consciente y libre la peligrosa elección de rechazar el reclutamiento bajo coacción y pasar a la clandestinidad, para combatir con las armas a los alemanes y a las fuerzas de represión del gobierno neofascista. Para gran parte de la juventud, el drástico rechazo de la guerra en curso y de la educación militar recibida por el régimen se expresó sin embargo en forma de un vastísimo fenómeno de resistencia pasiva, que llevó a la práctica totalidad de los

---

<sup>37</sup> FLAIANO, Ennio: *Autobiografia del blu di Prussia*, Milán, 1974, pp. 157-158.

<sup>38</sup> PAVONE, Claudio: *Una guerra civile*, Turín, 1991; GANAPINI, Luigi: *La repubblica delle camicie nere*, Milán, 1999; y GAGLIANI, Dianella: *Le brigate nere*, Turín, 1999.

650.000 soldados y oficiales capturados por la *Wehrmacht* a preferir la prisión en los campos de concentración de Alemania y Polonia (de los que 40.000 no volverían) a aceptar las proposiciones de enrolamiento en las unidades colaboracionistas. Mientras tanto, la gran mayoría de los hombres jóvenes se escondieron para huir del reclutamiento en las formaciones militares neofascistas o fueron constreñidos a vestir de nuevo el uniforme para hacer cesar las vejaciones a las familias o por la amenaza de fusilamiento a los rebeldes a la leva, no mostrando ninguna combatividad y desertando apenas tuvieron ocasión.

Aún no existen estudios suficientes sobre la eficacia del empeño mostrado por las frágiles instituciones italianas salidas de la guerra por reeducar a las generaciones formadas en el fascismo. En general se reconoce la escasa coherencia de la implicación pública de las instituciones para hacer superar a las generaciones de los años veinte y treinta la interiorización de la mentalidad gregaria sometida a una dictadura totalitaria. Los mismos angloamericanos vencedores renunciaron a imponer a Italia un drástico programa de reeducación de las generaciones sometidas durante 21 años al adoctrinamiento persuasivo del régimen mussoliniano. Obligación impuesta, en cambio, a la juventud alemana, que sólo había sufrido el régimen hitleriano por una década. Gran parte de los imponentes aparatos para encuadrar a chicos y chicas de modo militarista permanecieron inactivos desde 1943, pero la depuración de los educadores activos en las instituciones públicas fue mínima, y el sistema escolar definido en 1923 continuó impregnando la escuela italiana hasta casi el fin del siglo XX. El mastodóntico sistema de construcciones públicas destinado a la «juventud de Estado» se empleó desde 1942 en el hospedaje de tropas y prófugos, y en la posguerra se utilizó poco y mal, también para no hacer la competencia al circuito cultural-recreativo católico, que se convirtió en políticamente hegemónico a partir de 1948. Si algunas generaciones de jóvenes italianos desarrollaron anticuerpos más o menos eficaces contra el disciplinamiento fascista, se debe sobre todo a sus diversas experiencias de rechazo individual o colectivo de la dictadura, vividas de forma directa y espontánea desde fines de 1942 hasta abril de 1945.

(Traducción del italiano de Eduardo González Calleja).

